

Amboise (1560) hizo presentir entonces los peligros que amenazaban al trono y á la nación. Sin embargo, la tempestad no estalló hasta el reinado de Carlos IX, con motivo de la mantanza de Vassy (1562). La guerra civil desoló el reino en tres ocasiones distintas: en la primera fueron derrotados los hugonotes por el duque de Guisa ante las murallas de Dreux (19 de diciembre de 1562), y Catalina les concedió la pacificación de Amboise (12 de marzo de 1563); la segunda fué célebre por la batalla de Saint Denis (10 de noviembre de 1567), y terminó con la toma de Longjumeau (29 de marzo de 1568); por fin, en la tercera el duque de Anjou se distinguió alcanzando las victorias de Jarnac (13 de marzo de 1569) y de Montcontour (3 de octubre), y la paz se firmó al año siguiente en Saint-Germain-en-Laye (15 de noviembre de 1570). Todas esas guerras terminaron por la matanza de la noche de San Bartolomé, que fué un hecho puramente político, del cual es la única responsable Catalina de Médicis, que había querido librarse primero del almirante de Coligny, y que, teniendo noticia del fracaso del complot, se decidió de pronto á aquella horrible acción. Carlos IX, que tuvo la debilidad de sancionarla, murió de remordimiento (1574).

## CAPÍTULO XXXII.

LOS ESTADOS GENERALES. ENRIQUE III Y LA LIGA.  
(1574-1587).

El reinado de Enrique III fué uno de los más deplorables de la monarquía; su debilidad dejó que las disensiones de que Francia era presa se envenenasen cada vez más, hasta el punto de que la nación entera se halló desde luego separada en dos bandos hostiles, los hugonotes y los católicos. Viéndose amenazados estos últimos en sus creencias por la inercia del rey, se unieron, según la expresión de los antiguos, *pro aris et focis*, y su liga tuvo por objeto al mismo tiempo la religión y la patria. Pero al lado de esos nobles sentimientos, se observan en aquellos desdichados tiempos multitud de pasiones estrechas y mezquinas que excitan profunda piedad. Hubo hombres bastante desdichados para buscar en esos tristes debates la satisfacción de sus intereses personales. Así, el hermano del rey, el duque de Anjou, se puso al frente de los descontentos y reunió á su alrededor una oposición que era más bien política que religiosa. Después de la muerte de ese príncipe, las debilidades y vacilaciones de Enrique III crean un partido diferente del de los calvinistas y del de los ligeros, de modo que el reino se halla separado en tres grandes fracciones: los reformados, que aspiran al triunfo de las nuevas doctrinas, los partidarios de la liga que sostienen la antigua fe de sus mayores, y los realistas, que siguen fieles á la monarquía, á pesar de las faltas y debilidades cometidas por ella.

§ I. — Desde el advenimiento de Enrique III hasta la muerte del duque de Anjou (1574-1584).

**Carácter de Enrique III.** — Cuando murió Carlos IX, Enrique III reinaba en Polonia, á donde lo llamaron después de sus victorias de Jarnac y de Montcontour. Así que tuvo noticias del fallecimiento de su hermano, se evadió de Cracovia como un fugitivo, apresurándose á presentarse en Francia para recoger su corona. En los primeros años de su vida mostró ese príncipe energía y valor grandes; pero una vez que se halló en el trono, se dejó enervar por los placeres, y se prestó ciegamente á todos los designios de su madre, Catalina de Médicis. Su debilidad y el rebajamiento de su carácter multiplicaron á su alrededor los desórdenes, y se vió al duque de Alençon, propio hermano del rey, ponerse al frente de los facciosos que habían tomado el nombre de *malcontentos*. Para dar mayor importancia á su partido, no vaciló en unirse con los protestantes reconociéndoles, en los tratados que firmó con ellos, principios republicanos que tendían á la anulación de la monarquía. El duque de Guisa, fiel á los sentimientos religiosos y patrióticos que su familia había defendido siempre con abnegación, tomó las armas contra aquellas dos facciones, y obtuvo sobre ellas una victoria en Château-Thierry, donde fué herido, lo que hizo que lo llamasen el *Acuchillado* (octubre de 1575).

**Paz de Monsieur** (1576). — Pero en vez de sacar partido de esa victoria, Catalina de Médicis se apresuró á recurrir á las negociaciones, y á pactar una tregua (20 de noviembre de 1575). El duque de Alençon estipuló las condiciones de ese convenio en nombre de los sediciosos. El rey se comprometía á entregar seis ciudades de garantía al partido de los descontentos y de los hugonotes, y á pagar lo que se debía á los alemanes que el príncipe de Condé llamara á su servicio.

Después de eso se presentó de nuevo la reina á la corte, donde manifestó, á pesar de lo humillante de aquella tregua, la misma alegría que si hubiese obtenido una victoria. El rey agotaba el tesoro en derro-

ches é innobles bacanales, y daba margen á las burlas insultantes de los hugonotes por la mezcla de devoción y escándalo en que consistía su conducta. Así fué que no tardaron en renovarse las hostilidades.

El rey de Navarra, que hasta ese momento había sido afecto al partido de Enrique III, lo abandonó, y fué á reunirse con los sediciosos en Saumur, declarando que la profesión de catolicismo que le arrancaran en la noche fatal de San Bartolomé fué sólo producto de la violencia. Al mismo tiempo, el príncipe de Condé, que no había aceptado la tregua, reapareció en Borgoña con sus alemanes. El duque de Alençon fué á unirse con los invasores, que le dieron el mando en jefe. Pero ese príncipe carecía de la fuerza y del genio del soldado, y prefería las negociaciones á las batallas.

Catalina de Médicis aprovechó de nuevo esa disposición, y firmó con él en Chastenoy, cerca de Châteaulandón, la quinta paz de religión, que fué llamada *paz de Monsieur* (6 de mayo de 1576) porque ya entonces se empezaba á dar ese calificativo al hermano segundo del rey. Concedióse libertad indefinida de conciencia á los hugonotes, anuláronse los edictos anteriores que les eran desfavorables, y se les colmó de riquezas y honores. Además, los facciosos recibieron en garantía ocho plazas: la Rochela, Montauban, Cognac, Saint-Jean d'Angély, Niort, Saumur, la Charité y Mezières. El duque de Alençon tomó el título de duque de Anjou, y añadió á su patrimonio el Anjou, la Turena y el Berry; el rey de Navarra recibió el gobierno de la Guyenna, Condé el de la Picardía, y todos los príncipes fueron considerados buenos y fieles vasallos, parientes y amigos.

**Formación de la Liga (1576).** — La *paz de Monsieur* era para la monarquía la confesión de humillante derrota. En adelante, la religión católica dejaba de ser la del Estado; la unidad de cultos, por la cual se habían reñido tantos combates, quedaba sacrificada, y por tierra los principios fundamentales de la realeza. Asustados los católicos por esas concesiones arrancadas á la falta de ánimo de su rey, empezaron á temer por

su fe y por el honor de la nación. Los hugonotes habían formado asociaciones en todas las provincias; los católicos los imitaron para ver el medio de salvar sus creencias. Por todas las ciudades circularon fórmulas de protesta, mas en general se adoptó la que fué redactada en Peronne.

Según la *paz de Monsieur*, el gobierno de Picardía debió pertenecer al príncipe de Condé; pero Humières, que mandaba en Péronne, se negó á entregar esta plaza al nuevo gobernador, y organizó, para resistir á los hugonotes, una liga que todos los católicos de Francia tomaron como modelo. Cuantos firmaron esa protesta, se comprometían, en nombre de la Santísima Trinidad, á emplear sus personas y bienes en defensa de la fe, contra los enemigos de dentro y de fuera del reino.

El duque de Guisa fué el jefe que los ligueros parecieron querer darse, y hasta se decía en el pueblo que esa gloriosa casa de Lorena descendía de Carlomagno, y que probablemente la Providencia la destinaba á recoger el cetro con tanta debilidad sostenido por los Valois. De ese modo se mezclaba la ambición con el sentimiento religioso que originara la Liga, y desde el principio tuvo en ésta quizás más influencia la política que la fe.

**Primeros estados de Blois** (6 de diciembre de 1576). — Enrique III se manifestó por de pronto muy inquieto ante ese movimiento popular, pero la astuta política de Catalina lo tranquilizó, aconsejándole que se declarara jefe de los ligueros y anulara todas las concesiones hechas á los protestantes por la *paz de Monsieur*. Y así lo hizo en efecto ante los estados de Blois, aprobando la Liga, y tomando su dirección (12 de diciembre). Como los diputados le pidiesen después la revocación de los edictos de pacificación, consintió en ello sin dificultad (1.º de enero de 1577). Pero cuando á su vez expuso que ese acto era una declaración de guerra y que para sostenerla necesitaba dinero, ya no encontró en la asamblea la misma unanimidad. El clero ofreció costear seis mil doscientos hombres y la nobleza se comprometió á servir en persona; pero el estado llano negó su concurso. « Esa

es enorme crueldad, dijo el rey al saberlo; no quieren ayudarme con lo suyo, ni permitir que me sirva de lo mío. » Los estados se disolvieron el 1.º de marzo, sin dejar más que estériles peticiones.

**Guerra mal hecha y paz mal observada con los hugonotes.** — El rey no había observado la paz que hiciera con los protestantes, y tampoco supo hacerles la guerra. El duque de Anjou y los demás príncipes entraron con él en la Liga, pero cuando hubo que ejecutar los compromisos contraídos, ninguno desplegó la energía ni la actividad necesarias. El duque de Anjou, que tomó el mando del ejército del Loira, se contentó con apoderarse de la Charité y de Issoire. El de Mayenne, á quien Enrique III había confiado el mando del Poitou, prefiriéndolo á su hermano el duque de Guisa, se distinguió con algunos hechos de armas en la Saintonge.

El rey de Navarra y el príncipe de Condé no se hallaban entonces en estado de resistir á sus adversarios. Pero en vez de aprovechar tales circunstancias, Enrique III cambió de pronto todos sus planes, y quiso la paz sin que se comprenda el por qué de ese capricho. En consecuencia, publicó un edicto de pacificación (17 de septiembre de 1577) en el cual concedía á los protestantes la libertad de conciencia, jueces en los ocho parlamentos, nueve plazas de garantía y tropas, pronunciando además la abolición de toda unión ó federación, lo cual era dar un golpe indirecto á la Liga. El rey llamaba á esa paz *mi edicto* en oposición á la de su hermano (*Monsieur*).

**Muerte del duque de Anjou (1584).** — No por eso dejó de seguir reinando en todo el reino la anarquía. Los hugonotes celebraban sus asambleas, procurando en vano constituirse en república. Catalina de Médicis recorría el territorio, agotando sus fuerzas en estériles negociaciones. Enrique III, insensible á todos esos desórdenes se sumía en la disolución y las infamias. Su alma no se abría al dolor más que para llorar la muerte de sus *mignons* (1). Víósele recogiendo después que ellos morían sus cabellos y los pendientes

(1) Favoritos.

que llevaban en las orejas, conservándolos con la misma devoción que los objetos más preciosos. Semejante rey no podía ser más que motivo de vergüenza para sus defensores, y de escarnio para sus enemigos. Los ligeros dejaban oír quejas, y sus motivos de descontento iban aumentando, cuando la muerte del duque de Anjou, que ocurrió por entonces, cambió totalmente la faz de los asuntos públicos. Ese príncipe había sido llamado á los Países Bajos para sostener en ellos la lucha contra Felipe II. Proclamáronlo en efecto duque de Brabante y conde de Flandes (19 de febrero de 1582); pero no teniendo á su disposición el dinero ni las tropas necesarias, se vió obligado á evacuar el país y á retirarse á Francia, donde murió poco después en Château-Thierry, cuando contaba apenas treinta años (10 de junio de 1584).

§ II. — Desde la muerte del duque de Anjou hasta la de Enrique III (1584-1589).

**Enrique de Navarra.** — La muerte del duque de Anjou era un acontecimiento cuyas consecuencias fueron inmensas. Como ese era el heredero presunto de la corona y como Enrique III no tenía hijos, el trono correspondía naturalmente al rey de Navarra, Enrique de Borbón. Pero éste era hereje, y los católicos juraron que no lo reconocerían jamás. Á los ojos del pueblo, la Liga conservaba ante todo carácter religioso, y no se la consideraba más que como baluarte de la fe. Pero los príncipes y los grandes veían en ella más bien una empresa política. Los duques de Guisa se unieron con el rey de España, y resolvieron que si Enrique III moría sin descendencia, su sucesor sería el cardenal de Borbón. Éste tomó en serio su título de heredero presunto de la corona, y en una asamblea pública celebrada en Péronne habló de los medios de remediar la miseria del pueblo. Toda la nación lo acogió con entusiasmo, y se pidió al papa una bula que sancionara lo hecho y que declarase á Enrique de Borbón incapacitado para reinar por causa de herejía. El papa concedió lo que le pidieron, y con arreglo á su acuerdo, la Liga se convirtió para

el pueblo en una especie de cruzada católica. Enrique III no sabía qué partido tomar. Al principio pareció inclinarse hacia el rey de Navarra, por temor á la ambición de los Guisas y á la efervescencia de los ligueros. Pero como esa protección aparente hacia los reformados excitó entre los católicos violentas reclamaciones, se decidió de repente por la Liga y la declaró *patriótica y santa*, siguiendo los consejos de su madre (1585). Si ese príncipe hubiese tenido firmeza de carácter y capacidad para dominar la situación, habría puesto término á la anarquía. Pero uniéndose con los ligueros, se dejó eclipsar enteramente por los hombres de mérito que éstos tenían á su frente. Todos hablaban de la cobardía, debilidad y degradación del monarca, comparando esos defectos con la actividad, prestigio y talento del duque de Guisa. Los acontecimientos se encargaron una vez más de poner de manifiesto ese injurioso contraste.

**Guerra de los tres Enriques (1586-1587).** — Habiendo sido declarada la guerra á los hugonotes, Enrique III entregó el mando de los ejércitos reales al duque de Joyeuse y al de Eperón, sus favoritos. Joyeuse marchó contra Enrique de Navarra y lo encontró cerca de Coutras (1587). Antes de la batalla, el Navarro dijo á los príncipes de Condé y de Soissons, á quienes enviaba á sus puestos: « Acordaos de que sois de la raza de Borbón y ¡vive Dios! ya os probaré que soy el mayor de la familia. » La victoria protestante fué completa; los católicos quedaron aniquilados.

Creyóse que ese revés haría salir de su inacción á Enrique III, recordándole sus victorias de Jarnac y de Montcontour, y que al menos marcharía contra los alemanes que invadían el reino para socorrer á los calvinistas; pero nada pudo arrancarlo á sus infames placeres. Entreteníase en coleccionar perritos, monos y papagayos, mientras la planta del extranjero hollaba el suelo de su reino. Enrique de Guisa tomó la espada y fué á recoger nuevos laureles oponiéndose al torrente de raitres, y lansquenetes que invadían la Francia, y en efecto, obtuvo sobre ellos dos brillantes victorias en Vimorí y Auneau (1587), obligando á los

que sobrevivieron á esa doble derrota á pasar la frontera para volverse á su país. Esos triunfos eran puros, puestos que los había inspirado el sentimiento nacional, y en aquellos turbados tiempos, cuando en todos los campos de batalla corría la sangre de los franceses luchando unos contra otros, era glorioso combatir por la independencia de su nación contra la intervención extranjera. Así fué que el duque de Guisa entró en París con los honores del triunfo. En la exaltación de su entusiasmo, el pueblo exclamaba: *Saúl ha muerto mil y David ha matado diez mil*. Ese era un reproche dirigido á la indolencia del monarca.

**Las Barricadas (1588).** — Los ligueros no se contentaron con humillar al rey, sino que también se formó en su seno una facción terrible para destruirlo. Llamábase la facción de los *Diez y seis*, porque dominaba sobre los diez y seis barrios de París, y hacía ya dos años que iba aumentando su furor. En los púlpitos resonaban discursos sediciosos; los libros de los doctores contenían doctrinas de rebelión, y los Diez y seis proclamaban que cuando el rey se mostraba infiel á la Iglesia, había que abandonarlo. El duque de Guisa acudió á París llamado por esos facciosos; la multitud lo acogió con aclamaciones, y aquel personaje fué á presentarse al rey, quien lo recibió con frases llenas de temor y de indignación. Entonces el pueblo se amotinó. París entero se cubrió de barricadas, hizo imposible el tránsito en las calles, fortificáronse las casas, y los soldados del rey, cercados por todas partes, sólo se salvaban gritando *¡Católicos!* y enseñando su rosario. El mismo Enrique III tuvo que huir á Chartres, y Guisa, solo en París, pudo creerse investido del poder, como si la corona hubiese caído de la cabeza del monarca.

**Estados de Blois. Asesinato de los Guisas (1588).** — Las negociaciones empezaron entonces entre el duque y Enrique III. Aquél, que era dueño de París, y que estaba apoyado por la Liga y por Felipe II, dictó á su soberano las condiciones de la paz, como un vencedor. Enrique aprobó todo cuanto Guisa había hecho, le otorgó el título de generalísimo de sus ejércitos, y convocó en Blois los estados. Esa

asamblea, dirigida por el duque, pareció haberse propuesto destruir la autoridad del rey. Entonces el desdichado príncipe, completamente perdido, resolvió librarse de sus señores por medio de cobarde asesinato.

Varias veces recibió el duque de Guisa noticias de los complots que se tramaban contra él, pero nunca quiso creerlo. Cierta día, al sentarse á la mesa halló debajo de su servilleta una carta que era también una advertencia. *No se atreverían*, dijo tirándola, y manifestó su tranquilidad acostumbrada. En la mañana del 23 de diciembre, al encaminarse al consejo del rey, vió que se le acercaba Larchant, capitán de guardias, que le había entregado la víspera un *placet* para obtener el pago de sus tropas; pero apenas se separó de él para entrar en el gabinete de Enrique III, se vió asaltado por diez asesinos que allí tenían emboscados. Sólo pudo pronunciar estas palabras: *¡Dios mío, tened piedad de mí!* Enrique III corrió á ver el cadáver, exclamando en la alegría de su triunfo: « Ahora soy el señor, y ya no tengo compañero. » Su deseo hubiera sido destruir á toda la familia de los Guisas. El duque de Mayenne escapó, pero el cardenal fué preso y entregado á los asesinos. Catalina de Médicis no sobrevivió más que doce días á todos esos crímenes. En su lecho de muerte dió á su hijo consejos de tolerancia, débil compensación por cierto á una vida llena de matanzas y de infamias.

#### Sitio de París. Asesinato de Enrique III (1589).

— Los cuerpos de los dos Guisas fueron quemados y aventadas sus cenizas. Privada de sus jefes, la Liga respondió á esas provocaciones nombrando al duque de Mayenne, hermano de los muertos, lugarteniente general del reino, y declarando á Enrique III privado de su derecho al trono, por asesino y perjurio. París estaba entonces lleno de turbulencia y confusión. Los doctores de la Sorbona se habían reunido y declarado que en adelante nadie debía sumisión ni respeto á Enrique III. Los Diez y seis redujeron á prisión á cuantos creían afectos á los Valois; las iglesias estaban tendidas de negro en señal de duelo por la muerte de los príncipes de Lorena; y en los púlpitos se pronunciaba

su elogio fúnebre, que arrancaba lágrimas al pueblo. Los predicadores declamaban contra Enrique III, llamándolo *nuevo Herodes*, y á menudo esos discursos eran excitaciones al regicidio. El público aplaudía y se le vió lanzarse al Louvre, volviendo de allí con el retrato del rey para quemarlo en la plaza pública.

Abandonado por todo el mundo y privado de los consejos de su madre, Enrique III volvió la vista hacia el rey de Navarra y justificó, si no los excesos, al menos las aprensiones de los católicos al unirse con los hugonotes. Mientras sus ejércitos reunidos marchaban sobre París, el infortunado monarca supo que sus crímenes pasados y su conducta presente habían hecho que el sumo Pontífice lo excomulgara. Su fe le hizo vacilar un instante en sus designios, pero el rey de Navarra lo tranquilizó diciéndo: « Venzamos primero, y luego nos haremos absolver. » Y así se presentaron juntos á sitiar la capital del reino.

Entonces un pobre fraile, llamado Santiago Clément, que había oído repetir constantemente que se debe dar muerte al tirano, se preparó á cometer tan horrible acción, como si se hubiere tratado de una empresa patriótica y santa. Pasó ocho días en oración y penitencia, dijo una mañana adiós á sus hermanos y se fué á Saint-Cloud á solicitar una audiencia de Enrique III, con el pretexto de tener que enseñarle papeles muy importantes. Apenas se vió en su presencia, sacó un cuchillo que llevaba debajo de su vestidura, y lo hirió mortalmente. Los satélites del príncipe acribillaron á cuchilladas al asesino, pero Clément murió satisfecho, persuadido de que se había sacrificado por su patria y su religión. Los Diez y seis alabaron su valor y no se avergonzaron de glorificar su muerte como un martirio. *¡Felices*, exclamaba el pueblo, *felices entrañas las que te dieron abrigo, y dichosos los pechos que te amamantaron!* El entusiasmo llegó, como se ve, hasta la blasfemia.

*Resumen de este capítulo.* — Al perder de vista los sentimientos de fe que en otra época animaran á los fundadores de la monarquía, los hijos de Enrique II olvidan las ideas de honor y la sublimidad de abnegación que hemos admirado en los antiguos reyes.

I. Enrique III se había distinguido por su valor antes de subir al trono de Polonia, y era lícito esperar que haría un gran rey. Pero cuando llegó al poder, sus cualidades se eclipsaron en el crimen y la disolución, y después de haber sido estimado y querido, acabó por hacerse odioso y despreciable. A su lado tenía á los Guisas, cuyo valor y talento podían hacer triunfar la causa católica, si el rey se hubiera mostrado enérgico defensor de ella. Lejos de eso, dejó que el duque de Alençon, su hermano, formara ante sus mismos ojos un partido político, y luego hizo á los reformados tan grandes concesiones, que, alarmados los católicos, se creyeron obligados á formar una liga para la defensa de su fe, que creían en peligro (1576). El temor, ya que no el corazón ni la inteligencia, le hacen ver que el puesto de la monarquía es al frente de aquella liga, porque el interés del trono y de la nación exige que el rey tome en manos la causa de la religión de San Luis. Pero apenas ha tomado esa resolución que parece deber conjurar todos los peligros, cuando su indecisión lo sume en nuevas dificultades. No sabe conservar la paz, ni hacer la guerra, y los ligeros comprenden que no pueden contar con él. El duque de Alençon, ya por entonces duque de Anjou, no se muestra más fiel que el soberano á las antiguas creencias. Al contrario, cuando cree que sus intereses políticos se lo aconsejan así, se pone de parte de los reformados, y termina tristemente su carrera á la edad de treinta años sin dejar nada digno de memoria (1584).

II. Enrique de Navarra era el heredero presunto del trono. El partido de los ligeros se hace aún más ardiente ante el peligro que corre Francia de tener un rey hereje. Enrique III deja correr las cosas, en vez de aspirar á dirigir las. El poder de los duques de Guisa le asusta, y no retrocede ante el asesinato para librarse de los que considera sus rivales (1588). Ese crimen lo aleja de los ligeros, y lo echa en brazos de los reformados. Su ejército se une con el de Enrique de Navarra, y se ve obligado á sitiar su propia capital. La sangre pide sangre, y el crimen provoca el crimen: Enrique III cae á su vez herido de una puñalada (1589). Nada más triste que esa terrible expiación. La última rama de los Valois se extingue de ese modo en medio de la guerra civil. Habiéndose separado esos príncipes de las antiguas tradiciones monárquicas, al negarse á defender abiertamente los intereses de la fe, todos mueren en la flor de la edad y no legan á sus descendientes más que un trono azotado por el huracán. Esa es la gran lección que la Providencia nos permite sacar del estudio de tan desdichados tiempo

## CAPÍTULO XXXIII.

## ENRIQUE IV Y SULLY. EDICTO DE NANTES. ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA (1).

Al morir Enrique III, Francia se encontraba en situación muy difícil. La reforma había dividido los espíritus, y la cuestión religiosa se hallaba complicada por todos los excesos de las pasiones políticas. Felizmente, la abjuración de Enrique IV puso término á esas dificultades cuya solución parecía imposible, y una vez que el país lo reconoció, librólo de extranjeros, expulsando de su seno á los españoles. Enrique, ayudado por Sully, cerró en poco tiempo las heridas hechas al Estado y difundió por todo su reino la prosperidad y la abundancia. La deuda pública fué cubierta gracias á sus reformas, la agricultura recibió impulso, la industria se desarrolló, inaugurándose nueva era para Francia. La política exterior de Enrique IV colocó al mismo tiempo á su nación á la cabeza de Europa. Eligiéronlo como mediador entre todas las potencias, y ya se disponía á realizar los vastos y elevados planes que había concebido, cuando la muerte llegó á sorprenderlo en los comienzos mismos de su empresa.

I. — Desde la muerte de Enrique III hasta la abjuración de Enrique IV. Fin de las guerras de religión (1589-1593).

**Estado de Francia al morir Enrique III. Batalla de Arques (1589).** — Francia estaba dividida entonces en dos campos perfectamente distintos, los hugonotes y los católicos. Su cuna daba al rey de Navarra derechos incontestables á la corona; pero el pueblo tenía demasiada fe para obedecer á un rey hugonote; Mayenne reanimó la Liga con varios manifiestos políticos, en los cuales repetía constantemente que lo salvación de la Iglesia católica en Francia dependía del mantenimiento de aquella poderosa asociación, y señalaba al cardenal de Borbón como el rey que el pueblo católico debía oponer al Bearnés. Durante ese tiempo, Enrique IV, abandonado por la mayor parte de sus tropas, se veía obligado á levantar el sitio de

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *Cartas misivas de Enrique IV*, el *Diario de l'Estoile*, las *Economías reales de Sully* y las *Memorias de la época*, las *Historias de d'Aubigné*, de de Thou, de La Popelinière y de Péréfixe; Anquetil, *Espíritu de la Liga*; Capefigue, *De la Reforma y de la Liga*; Poirson, *Historia de Enrique IV*.